

Deum. Es devocion muy útil repetir muchas veces la siguiente oracion :

Sancti nominis tui, Domine, timorem pariter et amorem fac nos habere perpetuum; quia nunquam tua gubernatione destituis, quos in soliditate tue dilectionis instituis. Per Dominum nostrum...

« Haced, Señor, que se arraigue en nuestras almas el amor y el temor perpetuo de vuestro santo nombre; porque nunca desampara vuestra providencia á los que afianzais en la solidez de vuestro amor. Por nuestro Señor Jesucristo... »

DIA TERCERO.

LA INVENCION DE LA SANTA CRUZ.

Celebra la Iglesia esta fiesta en memoria del descubrimiento que hizo en Jerusalem la emperatriz Elena, madre del emperador Constantino, del sagrado trofeo de nuestra redencion, el año 326, poco tiempo despues que el mismo emperador habia derrotado al tirano Majencio en virtud de la señal de la cruz.

Iba Constantino á presentar la batalla á este tirano, que le esperaba con un ejército de casi doscientos mil combatientes; y conociendo que necesitaba de auxilio superior para vencerle, dirigió su corazon y sus votos al Dios de los cristianos, cuyo poder no ignoraba, no cesando de invocarle todo el tiempo que duró la marcha. En medio del dia, que habia amanecido muy despejado y sereno, vió en el aire una resplandeciente cruz, mas brillante que el mismo sol, orleada de una inscripcion con caracteres de luz, que decia así: *In hoc signo vinces*: vencerás en virtud de esta señal. Aquella misma noche se apareció Cristo á

Constantino con el mismo sagrado símbolo que habia visto en el cielo, y le mandó que haciéndolo copiar, se sirviese de él en los combates. Obedeció el emperador: y dando orden para que pasasen á su tienda los mas hábiles lapidarios y plateros, les explicó la figura de la insignia que queria fabricasen, y les ordenó que la hiciesen de oro y la esmaltasen con piedras preciosas.

Diéronse priesa, y concluyeron presto la obra. Era una cruz de oro, de la altura de una pica, enriquecida con preciosísimas piedras; en la parte superior habia una cifra ó monograma, que explicaba el nombre de Jesucristo, acompañado de la primera y última letra del alfabeto griego, para significar que Cristo es principio y fin de todas las cosas. Del travesaño de la cruz pendía una pequeña bandera cuadrada, de una riquísima tela de púrpura, bordada de oro y cargada de piedras preciosas: encima de la bandera y por debajo de la cifra estaban bordados con hilo de oro los bustos del emperador y de sus hijos. A este nuevo estandarte se le dió el nombre de *Lábaro*, y lo llevaban delante del mismo emperador los oficiales mas valientes y mas piadosos de sus guardias. Mandó Constantino que se hiciesen otros muchos semejantes, repartiendo uno á cada legion de sus tropas; y haciendo esculpir en su morrion una cruz de oro con el monograma del Salvador del mundo, ordenó que se esculpiese tambien en los broqueles de todos sus soldados. Despues hizo venir á su presencia algunos obispos, y habiéndose instruido en los principios de nuestra religion, resolvió no permitir otra en toda la extension de su imperio.

Entre tanto salió Majencio de Roma con su formidable ejército, en número de mas de ciento y ochenta mil combatientes. Constantino, lleno de confianza en la cruz de Jesucristo, derrotó sus tropas; el tirano se anegó en el Tiber: jamás se vió en el

mundo victoria mas completa. Abrió Roma sus puertas al vencedor, quien para atestiguar que debía la victoria á la virtud de la santa cruz, mandó levantar una estatua suya en la misma ciudad, con el trofeo de nuestra redencion en la mano, y con una inscripcion que acreditaba su fe y su reconocimiento.

Despues de haber derrotado tambien á Licinio, emperador del Oriente, viéndose Constantino único y absoluto señor de los dos imperios, aplicó todos sus desvelos á que floreciese en ellos la religion verdadera, destruyendo las miserables reliquias del paganismo.

Habian hecho todo lo posible los gentiles para profanar los santos lugares de Jerusalem, y especialmente para que no quedase memoria de la triunfante resurreccion de nuestro Salvador. Con este fin habian terraplenado la gruta del santo sepulcro y aun levantado el piso, y encima habian construido un templo de Venus, donde ofrecian á esta sucia deidad los mas abominables sacrificios; medio eficazísimo para que jamás se dejasen ver en aquel lugar los cristianos. Dió orden Constantino para que se demoliese aquel infame monumento de la impiedad, y para que allí mismo se edificase un templo tan magnífico, que excediese á los mas soberbios edificios de otras ciudades. Escribiendo sobre este asunto á Macario, obispo de Jerusalem, le decia estas palabras: « He dado orden á Draciliano, vicario de los prefectos del pretorio y gobernador de la provincia, para que arreglándose á tus órdenes, emplee los obreros necesarios para levantar las paredes. Avisame qué mármoles preciosos, cuántas y qué especie de columnas te parece que han de colocarse, para dar providencia de que se te envíen. Tambien me alegraré de saber si tienes por conveniente que la bóveda se adorne con algun artesonado, ó qué adorno te parece que se ponga; y en caso de elegir el artesonado, se pudiera cubrir de oro. »

Santa Elena, madre del emperador, quiso tomar á su cargo el cuidado de esta grande obra. Era á la sazón de la edad de ochenta años, y habia muchos que solo se empleaba en obras de caridad, en ejercicios de devocion y en todo lo que podia contribuir á la mayor gloria de la religion y de la Iglesia. El emperador la habia hecho declarar Augusta, queriendo que fuese reconocida por emperatriz, y dándola facultad para que dispusiese á su arbitrio de sus rentas y tesoro imperial. Era esta princesa enemiga de todo fausto y se vestia con llaneza; pero al mismo tiempo era tan generosa en todo lo que tocaba al culto divino, que no perdonaba á los mayores gastos para enriquecer y para adornar hasta los mas pequeños oratorios de las poblaciones mas cortas.

En medio de su grande ancianidad, pasó á Jerusalem la piadosa emperatriz. Subiendo al monte Gólgota, abrasada en el deseo de encontrar la cruz del Salvador, venció todas las dificultades que podian acobardarla, y aun hacerla desistir de la empresa. Eran verdaderamente grandes, porque, como dice Sozomeno, los gentiles en odio del nombre cristiano habian hecho todo lo posible para borrar hasta la memoria del santo sepulcro. Sobre haberlo colmado de tierra y de piedras, tanto que se habia elevado considerablemente el terreno antiguo, habian edificado en él un templo á la diosa Venus, como se ha dicho, y en el mismo sitio donde estaba el sepulcro habian colocado la estatua de Júpiter.

Dió principio á la obra mandando demoler el templo y el idolo; hizo sacar toda la tierra, y guiándose por la tradicion antigua, hizo cavar tan hondamente, que al fin se descubrió el santo sepulcro, y junto á él tres cruces del mismo tamaño y de la misma figura, sin que se pudiese distinguir cual era la del Salvador; porque el título que Pilatos habia

mandado poner sobre ella, *Jesus nazareno, rey de los Judios*, estaba separado, y en medio de las tres cruces; y aunque esta parecia bastante prueba de que una de las tres era la que se buscaba, no fué posible saber á punto fijo cual era.

Viéndose la santa emperatriz en este embarazo, consultó con san Macario lo que se debia hacer; y el santo obispo fué de parecer que se aplicasen todas tres cruces á algun enfermo, no dudando que Dios declararia con algun milagro cuál de ellas era la verdadera cruz del Salvador. Aprobóse este expediente, y habiéndose aplicado las dos á una señora de distincion que estaba agonizando, no se vió efecto alguno; pero apenas se la aplicó la tercera, cuando quedó repentinamente sana, en presencia de un innumerable gentio que fué testigo de esta maravilla. Aun se hizo despues otra prueba. Tendiéronse sobre las tres cruces tres cadáveres, y solamente resucitó el que se tendió sobre aquella cuyo contacto habia curado á la enferma agonizante: con esta experiencia se comenzó desde luego á rendir al trofeo de nuestra redencion el culto que se le debia.

Mandó la piadosa emperatriz que se edificase una suntuosa iglesia en el mismo sitio donde se habia hallado la santa cruz; y dejando en ella la mitad del sagrado madero ricamente engastado, llevó la otra mitad á su hijo Constantino que la recibió con singular veneracion. Persuadido este emperador que no podia enriquecer á su nueva ciudad de Constantinopla con joya mas estimable, ordenó que se embutiese una considerable porcion de ella en la misma estatua suya que se dejaba ver en medio de la plaza, colocada sobre una magnífica columna de pórfido, con una manzana de oro en la mano derecha, y con esta inscripcion en el pedestal: *Cristo mi Dios, yo te enco-*

miendo esta ciudad. Lo restante de la sagrada cruz fué enviado á Roma por el mismo emperador, y colocado en la suntuosa iglesia que hizo edificar expresamente con el titulo de Santa Cruz de Jerusalem.

San Cirilo, obispo de esta ciudad veinte años despues de san Macario, testifica que en poco tiempo se llenó el mundo de fragmentos ó reliquias de la parte de la cruz que quedó en Jerusalem; porque así él, como sus predecesores desde san Macario, regalaban particulas de ellas á los peregrinos de distincion que concurrían á dicha santa ciudad con el piadoso fin de ver y adorar el instrumento de nuestra redencion. Y añade el mismo padre, como testigo ocular, que no por eso se disminuía el pedazo del sagrado leño que estaba en Jerusalem; antes se repetía en él aquel milagro de los cinco panes, que repartidos entre la muchedumbre, no solo no descrecian, sino que se multiplicaban.

San Paulino, que florecia por los años de 400, dice que la milagrosa virtud con que aquel leño muerto se reproducia como si estuviera vivo, era efecto del contacto de aquella carne divina que, habiendo padecido muerte en el mismo madero, venció á la muerte con su gloriosa resurreccion: *CruX in materia insensata, vim vivam tenens, ita ex illo tempore innumeris penè hominum votis lignum suum commodavit, ut detrimenda non sentiret, et quasi intacta permaneret quotidie dividuam sumentibus, et semper totam venerantibus: sed istam imperibilem virtutem, et indelebilem soliditatem, de illius carnis sanguine bibit, quæ passa mortem, non vidit corruptionem.* Así habla san Paulino de este milagro de la santa Cruz en su espistola 41 á Severo.

Siendo costumbre de los judíos enterrar á los ajusticiados con todos los instrumentos de su suplicio, á mas del titulo, se hallaron tambien los clavos, y pro-

bablemente la corona de espinas, la cual en tiempo de Gregorio Turonense, que vivió en el siglo sexto, se conservaba todavía tan verde, que parecía reverdecer todos los días. Ignórase qué hizo santa Elena del título de la cruz; pero de los clavos hizo toda la estimación que merecía tan preciosa reliquia. Aseguran san Ambrosio, san Gregorio Nacianzeno, Nicéforo y Zonaras, que santa Elena solo encontró tres clavos; los que fácilmente se distinguieron de los otros, porque estos estaban todos roídos y cubiertos de orin, pero los del Salvador se conservaban milagrosamente enteros, lustrosos y limpios como si acabaran de salir del yunque. Uno de ellos mandó la emperatriz que se engastase en el bocado ó tascafreno del caballo que servía á Constantino; otro dice san Ambrosio que le hizo engastar en la misma diadema imperial, y el tercero lo arrojó al mar Adriático para sosegar una furiosa tempestad. Dicese que no por eso se perdió este clavo, antes bien vino nadando sobre el agua como en otro tiempo la hacha del profeta Eliseo; y que apreciándole mas que á los otros santa Elena por este milagro, lo regaló á la iglesia de Tréveris, siendo su arzobispo san Agricio, á quien la emperatriz profesaba singular veneración. Poco despues hizo presente á la iglesia de san Juan de Letran del que habia colocado en la diadema del emperador; y finalmente regaló á la de Milan el que habia servido de bocado al caballo de este principe.

Siendo tan gloriosa á toda la Iglesia la invención de este sagrado trofeo, se celebró en ella su fiesta con mucha solemnidad. Y se celebraba en Francia en la primera línea de sus reyes, encontrándose su oficio en los antiguos misales de la liturgia gálica. El rey Ervigio, que reinaba en España en el siglo séptimo, expidió un decreto que se halla en el código de las leyes de los Visogodos, por el cual manda á los judios

establecidos en sus dominios que celebren la fiesta de la Invención de la santa Cruz, como la de la Anunciación, Natividad, Epifanía, Circuncisión, Pascua y Ascension.

El fin de haber señalado el día tres de mayo para celebrar esta fiesta, fué por acercarla todo lo posible á la memoria de la pasión del Salvador, y á la adoración de la cruz que se hace en el Viernes Santo: por eso se señaló el primer día libre despues de la solemnidad de la Pascua, que nunca puede pasar del día dos de mayo.

Consérvanse y se adoran en muchas iglesias partes muy considerables de la verdadera cruz. A mas de la que se adora en Roma, hay otras en Francia, Italia, Alemania, España y Portugal. Justino, segundo emperador de Constantinopla, envió una porción de ellas á santa Radegundis, esposa de Clotario I, que enriqueció con ella su real monasterio de santa Cruz de Poitiers; con cuya ocasión Fortunato, que seguía la corte de la santa reina, y fué despues obispo de dicha ciudad, compuso los dos célebres himnos, de que aun usa la Iglesia en el oficio de la pasión y de la cruz, que comienzan: *Vexilla Regis prodeunt*, y *Pange lingua gloriosi lauream certaminis*. San Gregorio envió una parte de la verdadera cruz á Recaredo, rey de los godos en España, como un riquísimo presente. San Luis consiguió de los Venecianos la porción de cruz que habia quedado en Constantinopla, y la hizo trasladar á Francia el año de 1241, colocándola en la santa capilla que edificó en 1242, juntamente con la corona de espinas que dos años antes le habian regalado los mismos Venecianos.

APENDICE DEL TRADUCTOR.

« En este colegio y noviciado de Villagarcía de Campos, donde esto se escribe, se venera un *lignum*

crucis como de una pulgada de largo y media de grueso, que el santo papa Pio V regaló al señor don Juan de Austria despues de la famosa batalla de Lepanto; y su Alteza lo presentó á la excelentísima señora doña Magdalena Ulloa, nuestra insigne fundadora, que habia criado al señor don Juan en esta villa.

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Jerusalem, la Invencion de la santa Cruz de nuestro Señor Jesucristo, en tiempo del emperador Constantino.

En Roma, en la via de Nomento, el martirio de san Alejandro papa, y de los santos presbíteros Evencio y Teódulo. A san Alejandro, despues que en tiempo del emperador Adriano y del juez Aureliano sufrió la cárcel, las cadenas, el potro, las uñas de hierro y el fuego, le agujerearon todo el cuerpo con punzones de hierro hasta quitarle la vida. Evencio y Teódulo, despues de haber estado mucho tiempo en un calabozo, fueron probados por el fuego, y por último les cortaron la cabeza.

En Narni, san Juvenal, obispo y confesor.

En Constantinopla, san Alejandro soldado, y santa Antonina virgen, martirizados en la persecucion de Maximiano bajo el presidente Festo. Antonina habia sido condenada primeramente á ser prostituida en un lugar infame, de donde la sacó ocultamente Alejandro, tomando sus vestidos y quedándose en su lugar. Descubierto este piadoso fraude, se les puso á los dos en la tortura, se les cortaron las manos, y se les echó juntos en una hoguera, en donde habiendo muerto por Jesucristo, recibieron la corona de la gloria.

En Tebaida, san Timoteo y santa Maura su consorte, los cuales, por orden de Ariano gobernador de la provincia, despues de muchos tormentos, fueron

puestos en cruces, en las que vivieron nueve dias fortaleciéndose el uno al otro en la fe, y por último consumaron su martirio.

En Afrosiades en Caria, los santos mártires Diodoro y Rodopiano, apedreados por los mismos de su ciudad en la persecucion de Diocleciano.

En el monte Senario cerca de Florencia, los bienaventurados Sostengo y Uguciono, confesores, los cuales, habiendo recibido un aviso del cielo, murieron en el mismo dia y en la misma hora, rezando la Salutación Angélica.

La misa es en honra de la santa Cruz, y la oracion la que sigue.

Deus, qui in præclara salutiferæ crucis inventionem passionis tuæ miracula suscitasti: concede, ut vitalis ligni pretio, æternæ vitæ suffragia consequamur. Per Dominum nostrum...

O Dios, que en la invencion de la saludable cruz renovaste los milagros de tu pasion; concédenos que por el valor del vital madero consigamos auxilios eficaces para lograr la vida eterna. Por nuestro Señor Jesucristo...

La epistola es del cap. 2 del apóstol san Pablo á los Filipenses.

Fratres: Hoc enim sentite in vobis, quod et in Christo Jesu: qui cum in forma Dei esset, non rapinam arbitratus est esse se æqualem Deo: sed semetipsum exinanivit, formam servi accipiens, in similitudinem hominum factus, et habitu inventus ut homo. Humiliavit semetipsum factus obediens usque ad mortem, mortem autem crucis. Propter quod et Deus exaltavit illum,

Hermanos: Tened los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesus: el cual siendo Dios en la sustancia, no juzgó usurpacion el que su ser fuese igual á Dios: sino que se anonadó á sí mismo, tomando la forma de siervo; hecho semejante á los hombres, y reconocido por hombre en la condicion, se humilló á sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo

et donavit illi nomen, quod est super omne nomen: ut in nomine Jesu omne genu flectatur, caelestium, terrestrium, et infernorum; et omnis lingua confiteatur, quia Dominus Jesus Christus in gloria est Dei Patris.

cual tambien Dios le ensalzó, y le dió un nombre que es sobre todo nombre: para que en el nombre de Jesus se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en el infierno: y toda lengua confiese que el Señor Jesucristo está en la gloria de Dios Padre.

NOTA.

« Los cristianos de Filipos en Macedonia, que en muchas ocasiones habian dado á san Pablo pruebas prácticas del amor que le tenian, doblaron su caritativa liberalidad cuando supieron que estaba preso en Roma por la fe de Jesucristo; y con este motivo les escribió el Apóstol esta admirable epístola el año de 62. »

REFLEXIONES.

Ninguna cosa debe humillarnos tanto como nuestra misma vanidad. Juzgáse uno superior á otro, engriese, estimase sobre los demás, porque encuentra el nombre de su familia en pergaminos viejos, ó porque tuvo un bisabuelo que fué hombre de mérito; embriágase, por decirlo así, con el alto concepto de sí mismo, quiere ser distinguido, pretende que todo el mundo le doble la rodilla; ¿y porqué? porque ocupa un empleo que le eleva sobre sus iguales; porque ha comprado una tierra que lleva agregado algun título; porque anda un poco mejor vestido que los otros. Cuando se sube al verdadero origen de nuestro orgullo, valga la verdad, ¿puede haber mayor motivo para humillarnos? Y si fuera menos comun esta enfermedad, ¿se le daría otro nombre que locura? ¡Oh pobreza del corazón! ¡oh apocamiento del espíritu humano! Pocos hay que quieran estar al nivel de sus iguales; pero son muchos menos aquellos á quienes no se les

va la cabeza siempre que se ven un gradito mas arriba. Esto dicta la simple razon natural: pero ¿qué reflexiones, qué máximas inspira nuestra religion en orden al orgullo?

Avergonzarse de la oscuridad de su nacimiento, huir de la humillacion y del menosprecio como de un gran mal, no suspirar por otra cosa que por honras y por empleos, gustar únicamente de la distincion y de la singularidad, querer sobresalir en todo, aspirar con ambicion al fausto y á los primeros cargos; ¡y todo esto á vista de un Dios que se anonadó á sí mismo, que tomó la figura de siervo, que se humilló y se abatió hasta morir, y morir en una cruz! ¡y engreirse, ensoberbecerse los que adoran á un Dios humillado de esta manera! La vanidad, el amor de la gloria y la ambicion son la pasion dominante de la mayor parte de los cristianos. Aquella mujer mundana, cuyo fausto y cuya vanidad serian reprehensibles aun en medio del gentilismo, y que se fabrica un idolo de su aparente hermosura, se postra delante de una cruz, adora á Jesucristo humillado y pretende no tener otra religion que la de este Señor. Aquel hombre, cuya ambicion no reconoce límites, se llama discípulo de Cristo, quiere morir con un crucifijo en las manos, cree los misterios de su religion, y hace profesion de seguir su doctrina. ¡Cuántas cosas pasan en el mundo por extravagancias, que no son tan opuestas á la razon como esta conducta! ¡Y en vista de todo esto, nos admiramos de que el error haga tantos progresos! La herejia es hija del orgullo; la fe se cria con la humildad; en estas almas orgullosas siempre está la religion débil, flaca, desmayada y casi muerta. Que el error esté en el entendimiento, ó que esté en la voluntad; que se desacierte en lo que se cree, ó en lo que se obra, importa poco, ni es uno por esto menos digno de compasion.

El evangelio es del cap. 3 de san Juan.

In illo tempore, erat homo ex pharisæis, Nicodemus nomine, princeps judæorum. Hic venit ad Jesum nocte, et dixit ei: Rabbi, scimus quia à Deo venisti magister: nemo enim potest hæc signa facere, quæ tu facis, nisi fuerit Deus cum eo. Respondit Jesus, et dixit ei: Amen, amen dico tibi, nisi quis renatus fuerit denuò, non potest videre regnum Dei. Dicit ad eum Nicodemus: Quomodo potest homo nasci, cum sit senex? Numquid potest in ventrem matris suæ iterato introire, et renasci? Respondit Jesus: Amen, amen dico tibi, nisi quis renatus fuerit ex aqua, et Spiritu Sancto, non potest introire in regnum Dei. Quod natum est ex carne, caro est: et quod natum est ex spiritu, spiritus est. Non mireris quia dixi tibi: Oportet vos nasci denuò. Spiritus ubi vult spirat: et vocem ejus audis, sed nescis undè veniat, aut quò vadat: sic est omnis, qui natus est ex spiritu. Respondit Nicodemus, et dixit ei: Quomodo possunt hæc fieri? Respondit Jesus, et dixit ei: Tu es magister in Israël, et hæc ignoras? Amen, amen dico tibi, quia quod scimus loquimur; et quod vidimus

En aquel tiempo, habia un hombre de la secta de los fariseos, llamado Nicodemus, de los principales entre los judios. Este vino á Jesus de noche, y le dijo: Maestro, sabemos que has sido enviado de Dios á enseñar: porque ninguno puede hacer estos milagros que tú haces, á no ser que esté Dios con él. Respondió Jesus, y le dijo: De verdad te digo, el que no vuelva á nacer otra vez, no puede ver el reino de Dios. Dijo Nicodemus: ¿cómo puede nacer el hombre siendo viejo? ¿por ventura puede entrar otra vez en el vientre de su madre, y volver á nacer? Respondió Jesus: De verdad, de verdad te digo, que el que no renazca por medio del agua y del Espíritu Santo, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es engendrado de la carne, es carne; y lo que es engendrado del espíritu, es espíritu. No te admires porque te he dicho: Es menester que vosotros volvais á nacer. El espíritu inspira donde quiere: y oyes la voz, pero no sabes de donde venga, ni adonde vaya; así es todo aquel que es engendrado del espíritu. Respondió Nicodemus, y le dijo: ¿Cómo pueden hacerse estas cosas? Respondió

testamur, et testimonium nostrum non accipitis. Si terrena dixi vobis, et non creditis: quomodo, si dixero vobis celestia, credetis? Et nemo ascendit in cælum, nisi qui descendit de cælo, Filius hominis, qui est in cælo. Et sicut Moyses exaltavit serpentem in deserto, ita exaltari oportet Filium hominis: ut omnis, qui credit in ipsum, non pereat, sed habeat vitam æternam.

Jesus, y le dijo: ¿Tú eres maestro en Israel, y lo ignoras? De verdad, de verdad te digo, que hablamos aquello que sabemos, y testificamos lo que hemos visto, y vosotros no recibis nuestro testimonio. Si os he hablado de cosas terrenas, y no me creéis: ¿cómo creeréis si os hablare de cosas del cielo? Ninguno, pues, sube al cielo, sino el que bajó del cielo, el Hijo del hombre, que está en el cielo. Y así como Moisés levantó en el desierto la serpiente, de la misma manera conviene que sea levantado el Hijo del hombre: para que todo aquel que cree en él, no perezca, sino que tenga vida eterna.

MEDITACION.

DEL MÉRITO DE LOS TRABAJOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que las cruces, los trabajos, las adversidades son verdaderos remedios; y no son menos saludables los que parecen mas amargos. Como en materia de salud no se debe consultar el gusto, así en materia de salvacion nunca se debe atender á los sentidos.

Desde que Cristo santificó la cruz prefiriéndola á todo lo demás; desde que la ennobleció, escogiéndola por trono suyo; desde que mereció ser el principal instrumento de nuestra redencion, ha sido la cruz objeto de las ansias de todos los santos. No solo es el adorno